

# DE SUPERVISORES ITINERANTES Y MERCADERES DE LA EDUCACIÓN

Giandomenico Puliti

El Sistema Educativo Venezolano entró, como dicen los médicos refiriéndose al cáncer, en etapa terminal. Si volvemos nuestra mirada, nos situaremos entre los últimos días del sesenta e inicios del setenta. Es decir, nuestra crisis educativa tiene varias décadas en terapia intensiva: estamos hablando de unos treinta años, aproximadamente. La democracia puntofijista fue cruel con nuestra educación. ¿Quizá conveniencia? ¿Cómo llegamos a límites tan escalofriantes? Muchos factores podrían ayudarnos a comprender esta cruel realidad; sin embargo, deberíamos reconocer que muchos alertaron al Estado sobre el rumbo dado a la educación. Pero, como ha venido ocurriendo en nuestro país, pocos tomaron en consideración tales advertencias. Y la “cosa educativa” siguió desviando su curso. ¿Culpables? Todos: Estado, ministros, jefes de zona, supervisores, directores, educadores, alumnos, padres y representantes. Sociedad en general. Excepciones: muy pocas. Quienes alzaron –y continúan haciéndolo- su voz de protesta, no fueron tomados en cuenta. Muy poco valor tuvieron esos presagios. El futuro del sistema educativo lo dibujaban muy oscuro.

Mientras los petrodólares alcanzaron, todos anduvimos felices y contentos. Creíamos en que la bonanza petrolera duraría siempre. ¡Cuán ilusos fuimos! El sistema educativo, poco a poco, fue cayendo en lechos soporíferos. Las universidades comenzaron a divorciarse de nuestras realidades diarias: el país reclamaba especialistas en áreas destinadas al progreso real de la nación, y la Universidad pareció no comprender el reiterado reclamo; se cobijaron en su supuesta autonomía. Y así permanecen.

En la acera del frente encontrábase la educación primaria y secundaria: como perfectas abandonadas las trató el Estado. ¿Y dónde estaban, en ese momento, los supervisores? Cuando los maestros perdieron su liderazgo, ¿qué hicieron nuestros insignes supervisores? Cuando al sistema educativo ingresaron quienes no tenían suficientes credenciales, ¿qué dijeron nuestros supervisores? Cuando el Estado comenzó a construir

escuelas con techos de zinc, ¿cómo reaccionaron nuestros supervisores?. Cuando muchos niños venezolanos llegaban a clase sin cenar siquiera -menos desayunar-, ¿dijeron algo nuestros supervisores?. Cuando aparecieron los liceos fantasmas, ¿qué protesta protagonizaron estos fulanos supervisores?. Cuando el profesor se vio obligado a “dictar” más de dos materias, con más de cuatro secciones, con más de treinta horas-clase y en más de una institución, ¿acaso dijeron algo nuestros supervisores?. Cuando los sindicatos fueron transformándose, progresivamente, en antros mafiosos, ¿dónde estaban nuestros dilectos supervisores?. Cuando las escuelas sirvieron para albergar burocráticamente a muchos compañeros de partido, ¿qué discurso utilizaron nuestros immaculados supervisores? Y, para más señas, cuando muchos de ellos pasaron mágicamente desde simples maestros a supervisores, ¿por qué no reclamaron airadamente frente al “método” utilizado?. Las respuestas a tantas interrogantes, se resumen en una sola palabra: complicidad. Nada más. Mientras el sistema -no sólo educativo- comenzaba a resquebrarse, los intereses partidistas y personales prevalecieron. No se tomaron, a tiempo, medidas correctivas. Los supervisores se echaron a dormir plácidamente. Y frente a esta verdad el país venezolano enterraba sus esperanzas. Crecimos sin educación para el desarrollo sostenido y sustentable. No hubo conciencia, entre quienes elaboraron nuestras políticas educativas, de la importancia que tiene la educación para propiciar el crecimiento económico. Esta razón resulta suficiente para entender el porqué hace falta renovar, urgentemente, la plantilla de supervisores. Quien no debe, no tiene que temer.

Los supervisores itinerantes podrían ser, ante una crisis educativa innegable, herramientas útiles para recuperar el rumbo que nuestro sistema educativo nunca debió perder. Los momios políticos deberían comprender que no se está violentando ningún reglamento del ejercicio de la profesión docente.

Educador: si no debes, no tienes por qué temerle a los supervisores itinerantes. Mientras cumplas con tu

# Controversia

sagrado deber, estarás en paz con tu conciencia. El sistema educativo puede renacer desde sus cenizas. Los supervisores itinerantes sólo servirán para apoyar tu trabajo. El futuro del país nacional está en mejorar nuestra educación. Los niños de hoy y de mañana te lo agradecerán. Moral y Luces llegarán a ser verdad con la participación decidida de todos; incluidos los supervisores itinerantes.

## Mercaderes de la Educación

Cuando el Estado deja de cumplir con sus obligaciones, todo comienza a funcionar mal. Sus intenciones desvían los objetivos señalados y las metas no pueden ser alcanzadas. En consecuencia, todas sus estructuras supuestamente organizadas pierden el equilibrio requerido para convivir dentro de la sociedad a la cual pertenecen. Ante estas circunstancias, no hay desarrollo posible -ni sostenido, ni sustentable-: caos, desorden y «bochinche» saltan -como liebres- a plena luz del día. Sin instituciones sólidas ninguna sociedad puede lograr el bienestar deseado.

En Venezuela, díganlo o no los expertos, esta lamentable situación aparece diariamente. Nuestra realidad actual sólo es el resultado directo del abandono en el cual cayeron muchas de las organizaciones que deben mantener estrechas relaciones entre los miembros de una sociedad, y sostener casi obligatoriamente -o, al menos, procurar- los engranajes del gobierno. Las instituciones se deben al colectivo.

Los poderes -en nuestro país- dejaron de serlo bastante tiempo ha. ¿En 1810? ¿Antes? ¿Después? ¿En 1958? ¿Con Páez o Gómez? ¿Con Betancourt o CAP? (No estoy de acuerdo con quienes pretenden involucrar a Chavez en la catástrofe institucional de los actuales momentos). Que lo digan quienes deban decirlo: sus responsables directos. A nosotros nos interesa -por ahora- un tema polémico como el educacional. El sistema educativo en Venezuela no anda -hace rato- en consonancia, menos ahora, con la realidad del país. Entre educación pública y educación privada no existe mucha diferencia. Ambas responden al mismo esquema: ¿A cuál se refiere usted? preguntarán. Respondo: no hay tal esquema. No hubo. Durante los últimos años sólo reinó la inercia educacional. Una luz al final del túnel aparece -como regalo divino- en estos días. No hemos perdido nuestra esperanza.

Podríamos comenzar preguntándonos: ¿Cuándo entró en crisis nuestra educación, llámese aparato escolar o maquinaria educativa? ¿Antes o ahora? ¿Cuándo, la educación dejó de interesarle al Estado? ¿Cuándo, el

colectivo, dejó de ver como necesario un sistema educativo que realmente educara al hombre para lograr satisfacer sus aspiraciones personales y, por ende, colectivas? ¿A quién achacarle culpas? Enumeremos partidos políticos, Presidentes o, acaso, ministros de educación; docentes, alumnos, padres o representantes. ¿La sociedad entera? ¿Algún plan macabro escrito desde los centros de poder? ¿Quizás una perversa transnacional? ¿La aparición del petróleo? ¿Abandonar nuestra agricultura? ¿Un mago o un alquimista? Patriota, realista, demócrata, republicano, comunista, adeco, copeyano... chavista en ciernes. Sindicaleros corruptos. Super-visores sin supervisados ni super-visión (si hubiese existido algún atisbo real de supervisión, nuestra realidad educativa sería otra). ¿Por qué tanto temor a los supervisores itinerantes?

En educación cada cual hizo lo que le vino en gana. Hubo muchos cómplices. Sólo unos pocos hemos levantado nuestra voz de protesta: alumnos, en edad escolar, abandonados; inclemente deserción escolar; maestros y profesores mal remunerados (y obligados a «cargarse de horas» para llevar el sustento diario a su familia); algunos docentes, directores y supervisores fueron puestos a dedo por el partido de turno. Una frase lapidaria sintetizaría esta cruda verdad: «Déme manque sea de maestro». Muchas universidades todavía permiten, en el área educativa, el ingreso de quienes no llenan los requisitos para asumir tamaña responsabilidad social. No existió seguimiento a las «políticas educativas» del Estado. Ante esta ausencia, proliferaron las instituciones privadas (y el Estado, quizá cómplice, coadyuvó en su desarrollo). En este sentido, la educación devino en mercancía. Y hasta los pobres se vieron obligados a pagar por un servicio supuestamente gratuito, en un país inmensamente rico. Por tales razones, las nuevas autoridades del MECD están obligadas a invertir -revertir- nuestra actual -y dramática- situación educativa. ¿Será por esto que los mercaderes de la educación chillan? **(E)**

